

Progresión y articulación del relato

ALBERTO MADRONA FERNÁNDEZ
ANA DEL RÍO FERNÁNDEZ
JORGE V. SAEZ LÓPEZ

Se ha seleccionado ¹ un texto de Ana M.^a Matute, *La pequeña vida de Paquito*, de su obra *El río* ², para aplicar las nociones de progresión y articulación del relato. En efecto, la construcción de un texto como un todo signifi- cante se atiene, esencialmente, a marcas morfológicas, **tipo de texto**, y a marcas lingüísticas ³: **secuenciación y articulación** del relato. Por su interés ofrecemos también su dimensión temporal.

Se sigue con esta noción de tipo de texto ⁴ las nuevas corrientes, tanto desde un punto de vista lingüístico como literario, de la búsqueda de una clasificación tipológica del texto, en parte apoyándose en la teoría de los géne- ros y, también, en la actividad cognoscitiva del sujeto a la hora de identificar esas morfologías que corresponden a una competencia adquirida. Siguiendo estos presupuestos teóricos hemos elegido este relato porque entra dentro de una clasificación prototípica: el cuento.

La segunda noción con la que hemos trabajado es de orden lingüístico y en ella incluimos dos marcas esenciales: secuenciación y articulación.

La mayoría de los teóricos parecen coincidir en que los textos son hete-

¹ Este trabajo corresponde a una de las actividades que se han realizado a lo largo del curso 93/94 en la clase de Lingüística Francesa de la profesora C. López Alonso.

² «El río», en *Obra completa*, tomo V, Barcelona, Destino, 1975.

³ No vamos a analizar aquí la coherencia textual ni los conectores.

⁴ Seguimos aquí los presupuestos teóricos de J-M. Adam en *Les textes: types et prototypes. Récit, description, argumentation, explication et dialogue*, París, Nathan, 1992.

rogéneos, es decir, que aunque estén sometidos a un tipo general o superestructura textual —en nuestro caso un cuento—, la estructura secuencial es heterogénea y, por ello, en casi todos los textos pueden encontrarse secuencias de tipo muy variado. En este sentido seguimos muy de cerca los presupuestos de J.-M. Adam que postula que «la complejidad textual es observable y abordable desde un punto de vista tipológico con la condición de adoptar un punto de vista modular»⁵. Ello significa que nuestra primera observación en el texto seleccionado se atuvo, esencialmente, a un criterio tipológico y, a partir de éste, se han estudiado los mecanismos de secuenciación.

1.1. Procedimientos de secuenciación y articulación

En tanto que estructura secuencial, este texto está formado por un número variable de secuencias que dan cuenta de la macroestructura o sentido general del texto: /vida de Paquito/.

La heterogeneidad de estas secuencias es, a nuestro modo de ver, muy interesante ya que la autora recurre de forma hábil y discreta a la vez, a tres modos de secuenciación que vamos a resumir muy brevemente: descripción, narración y diálogo.

La **secuenciación descriptiva**, a partir de una unidad temática, da cuenta de una serie de acontecimientos y transformaciones que ponen en funcionamiento la intriga. Toda secuencia descriptiva puede presentar, incluso, una evaluación final.

Veremos que este texto, aunque con poca presencia de intriga, ya que la autora la ha desvelado en el primer párrafo, va desgranando la historia de ese personaje:

«Una tarde de octubre, radiante de luz, fui a contemplar una tumba sencilla, con su pequeña cruz de hierro. Allí estaba enterrado Paquito» (p. 119).

Las secuencias narrativas organizan la dimensión temática que va desde el bautizo de Paquito hasta su muerte, muerte anunciada y muy bien hilvanada en la apertura y clausura de la secuenciación dialogal:

«—¿Qué es de Paquito?
(...)»

⁵ J. M. Adam, *Les textes...*, ob. cit., p. 16. Traducción nuestra.

—Ah, perdón, no se lo dijimos: Paquito se murió. Ya saben, nunca fue gran cosa» (pp. 120-121)

La **secuenciación descriptiva** centra una noción, la va describiendo en parte, la *aspectualiza* y la *va encadenando en el relato*.

Este cuento no parece querer avanzar en la medida en que ya se sabe el desenlace. Quizá, por ello, la autora ha recurrido a este mecanismo descriptivo para contarnos muy poco de este curioso niño

enclenque→delgado→con cara de calavera→
ojos redondos y grandes→/poco hablador/→cicatriz rosada

En este cuento, este juego **narrativo-descriptivo**, como veremos, es el que construye enteramente el relato.

Finalmente, la **secuenciación dialogal** es ese proceso polifónico que va dando entrada a diferentes voces: la de la propia narradora y la de los personajes narrados. Quizá se acerca más a una pequeña conversación que a un diálogo totalmente construido. Posiblemente la autora quiso dar una mayor sensación de verdad ⁶ y descompuso hábilmente el diálogo. La apertura y cierre, tal como hemos dicho, parecen encerrar ese mundo incierto y desconocido de este pequeño niño.

Vamos a presentar, a continuación, la distribución de estas secuencias y el análisis que de ellas se desprende:

1.1.2. *Distribución de secuencias*

Todo texto, tal como ya hemos avanzado, está dividido en secuencias. En éste, en concreto, hay dos dominantes: una descriptivo-narrativa que permite la descripción del texto, es decir, que cuenta la historia y que corresponde, esencialmente, a la primera parte del cuento; y una segunda, dialogal, a la que ya hemos hecho referencia, que sirve para clausurar el texto. Brevemente, vamos a recordar la tipología de la secuenciación con sus pautas más formales:

- Secuencia narrativa: parte de una situación inicial, que se complica y acaba en una situación final.
- Secuencia descriptiva: marca un tema y después pone en relación todo el universo de ese tema.
- Secuencia argumentativa: se parte de una tesis, se dan datos sobre la misma y se llega a una conclusión.

⁶ Parece ser que esta obra es uno de los textos más autobiográficos de Ana M.^a Matute.

– Secuencia explicativa: se parte de un porqué que plantea un problema; después sigue una fase explicativa, es decir, una pregunta, una fase discursiva y una conclusión.

– Secuencia dialogal: es el resultado de una interacción verbal: apertura del diálogo, entrada de las otras voces, interacción de las voces, cierre de la voz.

Este texto, tal como se desprende de su lectura, es heterogéneo: se mezclan secuencias narrativas, descriptivas y dialogales, si bien es eminentemente descriptivo-narrativo.

1.1.3. *Análisis de las secuencias*

Primera secuencia:

«Una tarde de octubre... una mujer dijo».

Se trata de una secuencia narrativa. La primera parte de la misma:

«Una tarde de octubre... Allí estaba enterrado Paquito».

coincide con la macroestructura del texto. Por macroestructura se entiende el resumen general del texto. Ana M.^a Matute desvela, desde las primeras líneas, la organización temática de su relato y anuncia al lector el desenlace de la situación. Podría decirse que, más que contarnos la vida de Paquito, nos relata su paso a la muerte.

Segunda secuencia:

«Mi marido no quiere que bauticemos al niño; alguien le envenenó, tiene la cabeza llena de ideas torcidas. Si ustedes quisieran apadrinar a mi niño, al tiempo que a la otra, mi marido no se atrevería a protestar: les tiene a ustedes mucha ley y, me digo yo, pensará que sería ofenderles».

Tal como puede observarse se trata de una secuencia dialogal. Este diálogo responde una fase intertextual (texto 2) respecto al texto principal, que llamaremos texto 1: se trata de un texto dentro del texto. El sujeto de este texto 2 es un coenunciador ⁷ *x*, que actúa en un tiempo *y*, y en un espacio *z*. En

⁷ Culioli, A., *Pour une linguistique de l'énonciation. Opérations et représentations*, tomo I, París, OPHRYS.

este texto 2, el coenunciador es la madre de Paquito, el tiempo es el tiempo pasado anterior al bautizo de Paquito, y el espacio es la casa de la escritora siendo niña.

Tercera secuencia:

«A la tarde ... el oficio de zapatero»

Se trata de una secuencia en la que predomina la descripción sobre la narración, por eso puede decirse que es de tipo descriptivo-narrativo. La autora sintetiza con maestría las fases descriptivas y narrativas. En primer lugar describe al personaje y su relación con el mundo:

«Paquito creció enclenque. Era un niño muy delgado, con cara de calavera. Los demás muchachos abusaban de su debilidad para divertirse: en cierta ocasión vi cómo intentaban enterrarlo bajo un montón de piedras. Pero él no era un niño triste. Tenía ojos redondos y grandes, poco comunes. Siempre vagaba en su rostro una media sonrisa, casi me atrevería a decir que de conmiseración.»

e introduce de forma aparentemente anecdótica la relación padre-Paquito:

«Todos los años, cuando llegábamos al pueblo, venía a verme. Se sentaban uno frente a otro. Mi padre, en una de las arcadas del zaguán; él en un taburetito. Y hablaban. Lamento ahora no haber escuchado nunca aquellas conversaciones, pero recuerdo bien que a Paquito no le gustaba recibir regalos. Los tomaba con gesto como de resignación, con aquella inquietante sonrisa en los labios, y no daba las gracias.»

Estos elementos, de marcado carácter descriptivo, si bien, inicialmente, parecen dar una visión imprecisa de Paquito sirven, paradójicamente, para cerrar a este pequeño personaje en su abandono y miseria; su muerte apenas merece ser recordada:

«—Ah, perdón, no se lo dijimos: Paquito se murió. Ya saben, nunca fue gran cosa.»

La narración va encadenando sinuosa y hábilmente las partes descriptivas con las narrativas dando una visión cerrada y dramática de la vida-muerte del protagonista.

Cuarta secuencia:

«No lo vimos ... nunca fue gran cosa.»

Esta secuencia es de tipo dialogal y tiene intercaladas cuatro secuencias de tipo narrativo:

a) «No lo vimos durante un par de años, y más tarde una vez oí a mi padre preguntar a la hermana mayor»:

b) «Cuando tenía trece años, vino al pueblo con permiso, durante los días de la Fiesta; exactamente el 14 de septiembre. Había crecido algo, pero seguía muy delgado. No venía a vernos al resto de la familia, tenía un gusto especial en decir que venía a ver “única y exclusivamente a mi padre”. Mi padre bajó la escalera, y aún no había salvado el último escalón, ya Paquito, de pie, como un soldadito, le tendía la mano. Les oí»:

c) «Se agachó, y en un papel, con un lápiz aplastado y ancho, le tomó el contorno del pie.»

d) «Se fue, dando la mano, y rechazó todo obsequio. Al año siguiente, Paquito no trajo su par de zapatos, ni vino a ver a mi padre.»

Aunque el diálogo predomina y define la secuencia, sin embargo, las cuatro pautas narrativas (*a, b, c, d*) colaboran en la progresión de la acción. Ana M^a Matute centra y condensa el drama de este niño en ese juego anodino de un diálogo que parece no conducir a nada esencial, recuerda las formulaciones propias de las conversaciones pero rompe el esquema, finalmente, con ese desenlace esperado, pero no menos inquietante.

1.2. La dimensión temporal

Hemos querido detenernos en este punto por el interés que, desde un enfoque lingüístico, encierra. En efecto, un aspecto que llama la atención en la lectura de este cuento es su concepción del cronos.

A lo largo de la lectura encontramos marcas temporales distribuidas en adverbios, sintagmas preposicionales y formas verbales.

Fase temporal 1:

«Una tarde de octubre, radiante de luz, fui a contemplar una tumba sencilla, con su pequeña cruz de hierro. Allí estaba enterrado Paquito.»

Como puede observarse, con un complemento circunstancial de tiempo:

«Una tarde de octubre...»,

la intención de la autora es la de dar al lector, en primer lugar, una pauta temporal. Esta localización, sin embargo, aunque aparentemente precisa, no centra la época ni el momento en que se desarrolla la acción.

Los verbos que figuran a continuación son formas de pasado:

«fui a contemplar» (con valor perfectivo),
«estaba» (con valor imperfectivo).

La primera forma verbal en primera persona da la clave autobiográfica del cuento, ya que refleja el tiempo del escritor, y no el del personaje principal al que se refiere el título: *La pequeña vida de Paquito*.

Fase temporal 2:

«Recuerdo muy bien el bautizo de Paquito. Yo era aún muy niña, y cierto día de septiembre —parecido a éste que me sorprendió junto al cementerio nuevo—, una mujer del pueblo llegó llorando hasta nuestra casa. Mis padres iban a apadrinar a una niña, y esta mujer dijo: “Mi marido no quiere que bauticemos al niño; alguien le envenenó, tiene la cabeza llena de ideas torcidas. Si ustedes quisieran apadrinar a mi niño, al tiempo que a la otra, mi marido no se atrevería a protestar: les tiene a ustedes mucha ley, y, me digo yo, pensará que sería ofenderles”.»

Esta fase sitúa al lector en la historia del personaje central, Paquito, a través de una forma verbal cuya semiántica proyecta al lector en un pasado compartido también por la autora («recuerdo»: 1.^a persona < /yo/); un verbo en primera persona que enlaza sus vivencias con las de un tercero y que, además, puede incluir al lector.

Esta forma verbal abre una evocación cuyo esqueleto está formado por indefinidos e imperfectos, que constituyen secuencias descriptivo-narrativas.

Existen, igualmente, otras marcas temporales en este momento inicial:

«Yo era aún muy niña...»
«... cierto día de septiembre...»,

que, si bien parece que pretenden centrar al lector en un tiempo pasado, en realidad no hacen sino remitir a un pasado vago, impreciso. En esta evocación del pasado, Ana M.^a Matute rompe el discurrir de la acción introduciendo una secuencia dialogal en estilo directo.

La secuencia dialogal supone un paréntesis en la línea temporal, a modo de lupa, recuperando una voz del pasado cuya actualización confiere al relato un efecto de veracidad.

En el análisis de las secuencias establecimos que el texto estaba constituido en dos partes bien delimitadas: la primera daba cuenta de la historia, y la segunda —el diálogo— del desenlace. El juego verbal es el que propicia y da sentido a esta distribución.

Fase temporal 3:

«A la tarde, entre la turba de chiquillos descalzos, de hombres y mujeres suntuosamente vestidos de negro, entre rosas de papel rojo y amarillo, almendras rebozadas de una cáscara blanca, azul y rosa, calderilla de cobre, copas de cristal verde pálido y mantelerías a punto de cruz, bautizaron a los dos niños: Paquito y Felisa. Me sorprendió que el padre de Paquito (aquel ser que por sus famosas “ideas torcidas”, yo imaginé una especie de Satanás con boina), avanzaba, a la cabeza de todos el primero de la comitiva. Iba muy elegante, en su traje de los domingos: impoluto su cuello blanco, el botoncillo de nácar brillaba bajo su barbilla como una perla. Parecía contento. “¿No iba a enfadarse?”, pregunté a mi padre.»

Estos párrafos recuperan la línea temporal retomando el uso de los tiempos pasados. Una nueva marca temporal hace progresar la historia («a la tarde...»), y se llega al día del bautizo de Paquito. El indefinido «bautizaron» es descriptivo, y las acciones anteriores son ejes descriptivos.

A partir de este momento alternan formas verbales indefinidas e imperfectas

«me sorprendió»,	«avanzaba»
«imaginé»,	«iba»
«pregunté»,	«brillaba»

que mueven la temporalidad desde el momento puntual del indefinido hasta el impreciso del imperfecto, cuya aspectualidad imperfectiva va modificando la acción.

Por ello, en ciertas ocasiones, se comprueba que se puede conmutar el indefinido por el imperfecto y viceversa, sin que resulte significativamente alterado el sentido. Por ejemplo, conmutamos indefinidos e imperfectos:

- (imperfecto) «me sorprendía que el padre de Paquito...»;
- por (indefinido) «me sorprendió que el padre de Paquito...»;
- (imperfecto) «...yo imaginaba una especie de Satanás con boina...»;
- por (indefinido) «...yo imaginé una especie de Satanás con boina...».

Esto significa que no es la dimensión temporal la que debe retenerse en este relato, sino la aspectual; son tiempos de valor fundamentalmente imperfectivo.

Hay que resaltar el enunciado:

«¿No iba a enfadarse?»

que supone la utilización de un estilo indirecto con forma de estilo directo y el uso de un imperfecto en lugar del presente, que sería más adecuado.

Fase temporal 4:

«Paquito creció enclenque. Era un niño muy delgado, con cara de calavera. Los demás muchachos abusaban de su debilidad para divertirse: en cierta ocasión vi cómo intentaban enterrarlo bajo un montón de piedras. Pero él no era un niño triste. Tenía ojos redondos y grandes, poco comunes. Siempre vagaba en su rostro una media sonrisa, casi me atrevería a decir que de conmiseración. Apenas hablaba, excepto con mi padre. No era niño afectivo, pero a mi padre le quería. Todos los años, cuando llegábamos al pueblo, venía a verle. Se sentaban uno frente a otro. Mi padre, en una de las arcadas del zaguán; él, en un taburetito. Y hablaban. Lamento ahora no haber escuchado nunca aquellas conversaciones, pero recuerdo bien que a Paquito no le gustaba recibir regalos. Los tomaba con gesto como de resignación, con aquella inquietante sonrisa en los labios, y no daba las gracias. A mi padre le gustaba Paquito, yo lo notaba en sus ojos.»

Con la semántica del verbo «crecer» se inicia un matiz de progresión temporal y, por otro lado, el aspecto perfectivo del tiempo indefinido indica que la acción (el crecimiento de Paquito) ha alcanzado una relativa plenitud, si bien han pasado bastantes años.

Una vez más se puede comprobar que, a pesar de estos tiempos de aspecto perfectivo y de las otras marcas temporales aparecidas a lo largo del texto, el tiempo no está definido.

Esta indefinición dominará el texto hasta el final y dejará en el lector una duda buscada sobre la identidad y veracidad de esa historia, que aún pareciendo autobiográfica, se presenta como no sometida a un tiempo real.

Entre las formas verbales utilizadas predominan los imperfectos, que detienen la acción por su aspecto durativo y alejan al lector del tiempo vivido por el personaje. Sin embargo queremos destacar una serie de pautas cronológicas que permiten situar el cronotopos del texto:

«en cierta ocasión», «siempre», «todos los años», «cuando llegábamos al pueblo».

Con estos conectores el tiempo avanza, pero, sin embargo, son muy débiles y funcionan más como un apoyo a la descripción, para amenizarla, que como verdaderas marcas temporales.

Fase temporal 5:

«Una vez, mientras bebía en la fuente de la plaza, los muchachos le empujaron, y se clavó el borde del caño en torno al ojo derecho; fue extraño que no quedara tuerto, pero aquella cicatriz rosada, en forma de media circunferencia, quedó para siempre alrededor de su ojo de pájaro.»

Comienza de nuevo con una marca temporal e introduce la narración de una anécdota en la vida de Paquito. Una vez más, el tiempo queda indetermi-

nado. Frente a la fase anterior, en la que predominaban los imperfectos, ahora destaca el uso del indefinido, forma que presta más agilidad al ritmo de la narración:

«empujaron», «se clavó», «fue extraño», «quedó».

Fase temporal 6:

«Al año siguiente quedó huérfano, y sus hermanos mayores, muy jóvenes todos, le enviaron a la Beneficencia. Allí, por lo visto, le enseñaron el oficio de zapatero. No lo vimos durante un par de años, y más tarde una vez oí a mi padre preguntar a la hermana mayor:

—¿Qué es de Paquito?

Le mandaba paquetes, y yo suponía en Paquito, al recibirlos, aquel gesto indiferente, levemente molesto.

Cuando tenía trece años, vino al pueblo con permiso, durante los días de la Fiesta; exactamente el 14 de septiembre. Había crecido algo, pero seguía muy delgado. No venía a vernos al resto de la familia, tenía un gusto especial en decir que venía a ver «únicamente y exclusivamente a mi padre». Mi padre bajó la escalera, y aún no había salvado el último escalón, ya Paquito, de pie, como un soldadito, le tendía la mano. Les oí:

—¿Cómo te va, chico?

—Muy bien.

—Dicen que vas a ser zapatero.

—Sí, el año que viene, cuando usted venga, le habré hecho un par de zapatos.

—¿Y te gusta ese oficio?

—Sí. El año que viene le haré un par de zapatos; ya seré oficial.

—Pues estás muy adelantado.

—Ya verá qué par de zapatos le voy a hacer.

Se agachó, y en un papel, con un lápiz aplastado y ancho, le tomó el contorno del pie.

—Hasta el año que viene, Paquito.

—Adiós, ya verá qué zapatos.

Se fue, dando la mano, y rechazó todo obsequio.

Al año siguiente, Paquito no trajo su par de zapatos, ni vino a ver a mi padre.

—¿Y Paquito? —preguntamos a los hermanos.

La hermana mayor torció la cabeza, con una leve pena:

—Ah, perdón, no se lo dijimos: Paquito se murió. Ya saben, nunca fue gran cosa».

Esta secuencia comienza con una marca temporal que remite tan sólo al paso relativo del tiempo, pues el lector sigue sin conocer datos concretos

del día, del mes o del año en que transcurre el relato. Prosigue el uso del indefinido:

«quedó», «enviaron», «enseñaron».

Las dos nuevas marcas temporales que aparecen:

«no lo vimos», «más tarde una vez»,

a pesar de estar coordinadas, no se complementan y siguen dejando al lector ignorante del tiempo del cuento. La segunda de estas marcas introduce la secuencia dialogal

—«¿Qué es de Paquito?»,

que queda abierta, y tiene su conclusión al final del relato, como ya hemos analizado.

Prosigue el cuento con imperfectos indefinidos

«mandaba», «suponía», «vino», «no venía», «bajó», «tendía»

que mantienen el ritmo general que se ha observado hasta ahora. Aparecen dos de las marcas temporales aparentemente más comprometidas de todo el texto:

«Cuando tenía trece años...»,
«exactamente el 14 de septiembre».

Contrasta la intención de precisión del adverbio «exactamente», con la vaguedad de la fecha citada, pues se desconoce el año concreto. Probablemente se trata de un hecho anecdótico; choca ese afán de exactitud con el tono general del cuento, caracterizado por la imprecisión del tiempo.

Finalmente, el diálogo paraliza, de una manera contundente, el tiempo del relato, reproduciendo una escena del pasado. Supone un respiro, dar dinamicidad y frescura, propios del discurso oral. Dentro de esta secuencia dialogal se advierten dos diálogos distintos pertenecientes a dos tiempos distintos: el segundo un año después del primero. En el primer diálogo intervienen Paquito y el padre de la narradora, y está caracterizado por el uso de presentes, futuros e incluso perífrasis incoativas

«va», «vas a ser», «habré hecho», «¿te gusta?», «haré», «seré», «estás», «verá», «voy a hacer»

Se ve reforzado por los sintagmas

«el año que viene»,
«hasta el año que viene»

Estos usos contrastan con los tiempos pasados analizados hasta ahora, presentando, en este momento, una proyección del presente al futuro, proyección que hace confiar en un futuro que se verá truncado en el segundo diálogo.

En este segundo diálogo intervienen los hermanos de Paquito y de nuevo el padre de la autora. El sintagma «al año siguiente», una vez más, informa del paso del tiempo pero no especifica el momento exacto en que se desarrolla el diálogo. Mediante el uso de tiempos perfectivos

«no traje», «ni vino», «torció», «dijimos», «se murió» y del sintagma «nunca fue gran cosa»,

se informa al lector de la muerte de Paquito. Este lacónico comentario es la respuesta a la pregunta que abrió la estructura dialogal:

—«¿Qué es de Paquito?»

A modo de conclusión sobre este segundo apartado podemos decir que se encuentran distintas marcas que definen el tiempo en este relato. Estas marcas temporales son pretextos para entretener al lector informándole de un tiempo que parece preciso pero que, en realidad, no lo es.

El estudio del tiempo en este relato pone de manifiesto la escasa importancia que confiere la autora a este aspecto de la narración, que se revela en la vaguedad y la imprecisión generales que poseen todas las marcas temporales que aparecen en el texto, así como la escasa conexión y coherencia entre ellas, que no logran dar idea de una progresión o de un discurrir claro y lógico de la acción. Parece que la dimensión temporal es secundaria, y queda supeditada a la descripción y a la evocación de un recuerdo de la vida de la autora.

A partir del estudio de la secuenciación del texto, de la progresión de la narración, del funcionamiento de las marcas temporales y de la noción del tiempo, observamos que el valor de este relato y el mérito de la autora radican en la belleza con la que construye el devenir de la acción. Este trayecto

se entrelaza de una manera sutil y hábil con la descripción. Por otra parte, el eje narrativo-descriptivo se apoya en una línea temporal vaga y etérea que corresponde al universo de la evocación y del recuerdo del pasado; de este mundo la autora pretende rescatar sensaciones y momentos puntuales, que *centra temáticamente en la vida triste y existencialmente absurda de un niño, Paquito*. Se diría que esos momentos, que la autora recupera en el momento de la escritura, quedaron especialmente grabados en su memoria.